



**ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI**  
**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES**

---



**Alberto Rougés (izq.) y Alejandro Korn (der.)**

**CARTA DE ALEJANDRO KORN A ALBERTO ROUGÉS<sup>1</sup>**

La Plata, Mayo de 1927.<sup>2</sup>

Estimado doctor y amigo:

En tren de preparar un nuevo número de *Valoraciones*, que entretanto habrá llegado a su poder, hube de escribirle a fin de solicitar venia para publicar su

---

<sup>1</sup> De: *Alberto Rougés, Correspondencia (1902-1945)*. Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo. Tucumán, Argentina.

<sup>2</sup> *Op. Cit.*, Carta N° 54.

interesante carta de noviembre de 1925, suprimiendo, naturalmente, todo lo personal, que estimo y agradezco como un testimonio de su benevolencia.

Desistí de mi propósito porque, al releer la misiva filosófica, no pude menos de advertir la necesidad de acompañarla con una engorrosa acotación. En efecto, usted me atribuye un pensamiento que no reconozco por mío. No me cabe duda, sin embargo, que yo mismo habré dado lugar al malentendido, o por deficiencia de mi expresión, o por no recalcar de continuo en qué plano sitúo el problema.

Me dice textualmente: «Usted entrega el mundo objetivo al mecanicismo, y ello es incompatible con la autonomía de la personalidad que Ud. quiere salvaguardar». Luego agrega consideraciones atinadas sobre el determinismo, con las cuales estoy completamente de acuerdo. Más aún; todo mi afán, en la muy modesta esfera de mi actuación, se ha encaminado a destruir la concepción determinista y mecanicista que la chatura pseudo-cientificista del positivismo y su realismo ingenuo, como una calamidad nacional, han infiltrado en el ambiente.

¿Cómo explicar, pues, el equívoco? «El mecanicismo es una ontología de la identidad donde lo nuevo no tiene cabida», me dice usted. Muy cierto, pero yo no he tratado ningún problema ontológico. Al menos, no he querido tratarlo, si bien la metafísica, en ocasiones, se nos cuela a pesar de todas nuestras precauciones.

Considero, desde el punto de vista teórico y didáctico, imprescindible separar la metafísica —es decir, el problema ontológico— de la apreciación de la realidad. La metafísica es, para mí, algo demasiado subjetivo, demasiado problemático, para invocarlo como fundamento de una solución pragmática. El positivismo sólo puede ser batido en su propio terreno; es menester reconocerle la verdad relativa que es su fuerza, y superarla en una concepción más alta. No hemos de borrar de la historia del pensamiento humano, toda la segunda mitad del siglo XIX. Tenemos que aceptarla como un momento necesario en la evolución filosófica —deficiente, unilateral, monstruoso— pero explicable en su desarrollo genético, como un corolario del apogeo de las ciencias naturales. La simple negación desconoce su raigambre histórica y el argumento ontológico no la alcanza.

En *La libertad creadora* he insinuado mi opinión sobre los «poemas dialécticos». Con la «lógica pura», desvinculado del dato empírico, podemos construir el palacio metafísico que se nos antoje, tan legítimo, aunque no tan atrayente el uno como el otro. Y en ésto no hay nada despectivo para la metafísica; cuando más, puede haber la decepción de un amor no correspondido, perdonable en quien, año tras año, ha de enumerar las divagaciones metafísicas, desde Thales hasta Núñez Regueiro, filósofo rosarino, autor de la Anterosofía. Viejo alienista, no puedo olvidar que hasta el paranoico sistematiza su delirio con impecable lógica.

He terminado en estos días una lectura metódica de la *Filosofía* de Rickert. En doscientas páginas de una exposición prolija, honesta y aburridora, protesta contra toda intención metafísica, trata de convencernos de que el valor, independiente de la

valoración, es un objeto irreal, y luego en una página, a la vez trágica y ridícula, confiesa que no sabe cómo lo irreal actúa sobre lo real. Nos encomienda a la religión.

Husserl, a quien Ortega y Gasset ha proclamado el más grande de los filósofos vivientes, también asegura no hacer metafísica y ayunta la lógica pura con una vaga intuición, en busca de la quiddidad esencial de las cosas. En tanto Max Scheler, su discípulo más destacado, acaba de refugiarse en el regazo de la fe católica. Para llegar a semejante puerto, hay caminos más breves.

Todo esto me interesa sobremanera; de la angustia metafísica, bien se ve, no se ha de librar ni la humanidad ni el más ínfimo de sus integrantes. No lo ignoro; pero con Pascal, me limito a decir: *Il y a des raisons que la raison ne connaît pas*.

No racionalicemos, pues, lo alógico. Buscar por el análisis una síntesis, es una empresa absurda. La filosofía se parece a la chica que a fuerza de manosear su querida muñeca, le saca los ojos, le arranca los brazos y las piernas y luego llora porque no puede volver a reunir los «*disjecta membra*». Después de hipostasiar los conceptos abstraídos, se maravilla de que no concuerden.

Considero prudente separar decididamente el problema ontológico de los problemas reales y no explicar la experiencia por lo que está más allá de toda experiencia posible. Eso implica abrir una puerta demasiado ancha al desvarío especulativo y, lo que es peor, a una argumentación deleznable. La rigidez de la construcción lógica, tan eficiente cuando se aplica a los hechos intuitivos, se amolda blandamente cuando sirve los propósitos de nuestra voluntad o la afirmación de nuestras convicciones. Lo mismo demuestra lo blanco que lo negro. Apenas abandonamos la sólida base de la experiencia, las categorías lógicas se desenvuelven en el vacío.

No se le ocultará que me acojo a la sombra de Kant y aún a la de un Kant un poco pedestre que, asimismo, prefiero a cuantos han tratado de superarlo, muy especialmente a la sofisticación audaz de los neo-kantianos.

No desconozco cuán distinta es la actitud espiritual de quien contempla lo efímero «*sub specie aeternitatis*» pero descartada la metafísica como ciencia — transmisible y enseñable— insisto en la conveniencia de reservarla al fuero íntimo de la conciencia y no mezclarla al debate de los problemas positivos.

Esta, mi manera de ver, no siempre habré logrado expresarla con claridad. Cuando entrego el mundo objetivo —o sea espacial— a la interpretación causal y aritmética de la ciencia, por fuerza determinista y mecanicista, no entiendo haber resuelto un problema ontológico ni me refiero a la esencia desconocida del proceso cósmico. Ni luego atribuyo a la personalidad humana como finalidad, la conquista de la libertad; tampoco entiendo referirme, como el idealismo romántico de los alemanes, a una libertad noumenal, opuesta a la necesidad fenomenal.

Tomo ambos aspectos, el de la necesidad y el de libertad —sin hipostasiarlos— en un sentido relativo, no como integrantes de la «realidad en sí», sino como integrantes de nuestra concepción de la realidad sin comillas. Pues kantiano relapso, no identifico el Ser con el Yo aprisionado en los moldes del entendimiento humano. La realidad, reflejada en el tiempo y en el espacio, la concibo como un conflicto, no como una armonía.

La «*coincidentia oppositorum*» la creo; y me permito el equívoco de confundir los verbos creer y crear. Pero lo inefable sólo se expresa en la metáfora poética —del Dante o de Goethe— en la obra de arte —la partitura de Bach por ejemplo— o en la visión que los místicos balbuceantes intentan traducir al lenguaje humano. El raciocinio lógico, después de analizar su propia estructura, puede meter violín en bolsa. Confórmese con ser instrumento de nuestra voluntad.

Extremar los conceptos de necesidad y de libertad hasta darles un valor absoluto, importa tropezar con la tercera antinomia perpetuamente inconvencible. Son conceptos antropomorfos; no cabe atribuirles un valor ontológico. En el proceso mental de la conciencia, única realidad que conocemos, coexisten la necesidad y la libertad, expresión de un dualismo gnoseológico insoluble. En la supuesta unidad del más allá, estos conceptos carecen de sentido. Su síntesis se realiza en la acción; «en el principio fue la acción».

Separo, pues, la conclusión gnoseológica de la ontología. La primera se limita a la realidad témporo- espacial y no prejuzga sobre su esencia. Mi filosofía —y empleo la palabra con recato por no disponer de otra— se encuadraría en este esquema:

Experiencia: Ciencia / Axiología  
Metafísica = Ontología

En palabras casi sibilinas: el macrocosmos, el microcosmos y el metacosmos o sea la causalidad, la finalidad y la síntesis mística de ambas, el alfa y el omega en su conjunción. La ciencia nos convence, la axiología nos persuade, la ontología nos consuela. Discutir un problema humano con argumentos ontológicos, me parece aventurado; supeditar nuestra actitud a un principio ontológico, me parece el distintivo de un espíritu culto.

Me considero muy distante de ser un escéptico, pero rechazo todo dogmatismo. No he abandonado el dogmatismo cientificista para caer en un dogmatismo lógico o metafísico; mi fe es mi fe personal. Nadie posee la verdad absoluta ni puede concebirla. El pavor del enigma es lo único que nos es común.

La filosofía argentina se afirma tres veces en el segundo verso de nuestro himno nacional, acompañada del ruido de rotas cadenas. Humanizarse es aproximarse a la realización íntegra de nuestra libertad. Entiendo que eso es argentino. ¿Cuál es la vía? En las soluciones universales y perpetuas no creo. Los problemas se plantean

dentro de su medio y de su época. La Voluntad —más o menos instintiva, más o menos consciente— impone la solución. De la vida surgirá y no de la cátedra<sup>3</sup>.

Estas consideraciones, ni originales ni novedosas, tienen por único objeto definir —ojalá— una posición determinada; de ninguna manera rebatir o conmovir la que con mejor criterio usted haya elegido. Esto sí, aspiran a provocar, dentro de términos aclarados, una réplica que ha de ser una contribución valiosa a nuestro indeciso movimiento intelectual.

Con el (=filosófico=) capitán Romero, algunas veces lo recordamos a Ud. con íntima simpatía. Es el hombre mejor informado y que más amor consagra a los estudios de nuestra predilección, pero se me resiste con todos los pertrechos de fabricación germánica.

Le envío mi más afectuoso saludo. Considéreme siempre su obsecuente amigo y S.S.

*Alejandro Korn*

---

<sup>3</sup> No quiero insinuar con esto ni remotamente que cualquier loco de verano ha de hacer filosofía.